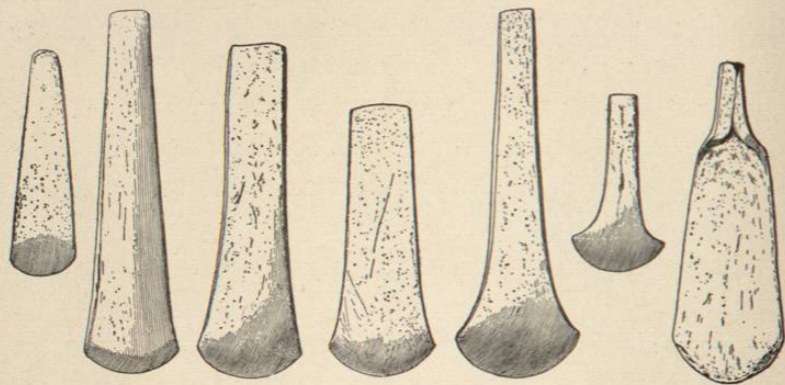


higuera llamada *ciranda*. Para curtir pieles, hacer tejidos de varios colores y elaborar "mosaicos de pluma," eran mucho más hábiles que los aztecas, no obstante que en su conjunto estaban menos avanzados en la cultura general. Las pinturas que empleaban para teñir sus materias textiles eran firmes. Distinguíanse sobremanera en la fundición de metales, pues hacían hachas, coas, lesnas, tenazas y muchos otros utensilios y adornos de cobre. En Jilotlán fue donde conseguí las primeras hachas de cobre, y antes de salir de la región tarasca di con muy considerable número



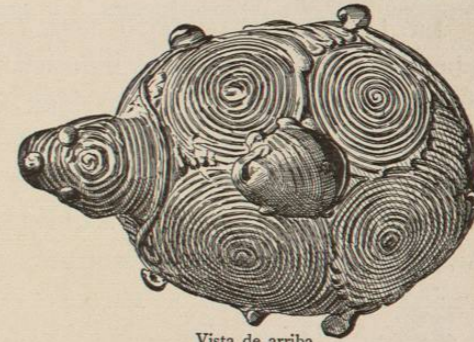
Antiguas hachas y coas de cobre de los tarascos. Longitud de la mayor, 23.7 cm.; de la más corta, 10.7 cm.

de objetos de cobre, hallados accidentalmente ó al estar exhumando esqueletos. Los más interesantes fueron tres cascabeles notablemente fabricados en forma de tortuga, cada uno con una bolita dentro. Dichos cascabeles, los más notables que se han encontrado en México, eran filigranas de alambre soldado, verdaderas obras de arte. Fueron hechos á la manera frecuentemente empleada por los indios americanos en las piezas de barro, conforme al sistema de la cuerda adujada. El finado Frank Hamilton Cushing me refirió que había encontrado sonajas de terracota, hechas por este método. Las tortugas de que hablo están provistas, por abajo, de una argollita para colgárselas, probablemente, de las piernas.

Dijéronme que los tarascos de cerca de Santa Catarina conocen todavía el antiguo procedimiento de templar el

cobre para darle la dureza del acero. Se asegura que lo obtienen por medio de una yerba, rumor que no tiene quizás mayor fundamento que lo que se cuenta de la yerba usada para trabajar el oro puro. El padre de mi informante ofreció una vez á un indio, que le daría cuatro vacas si le revelaba su método de templar el cobre; pero el tarasco le contestó que su abuelo le había enseñado ese arte, á condición de que nunca comunicara el secreto á ningún extraño, porque lo castigaría Dios. Esto sucedió en 1860, y el indio tenía entonces ochenta años de edad. De todos modos, los tarascos

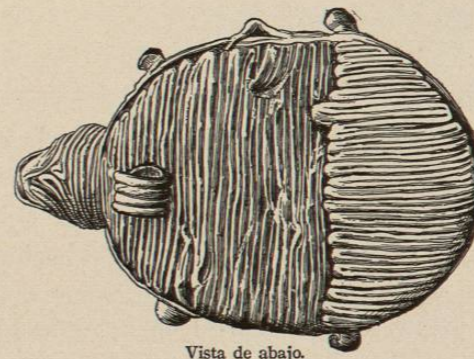
son todavía bastante hábiles en el trabajo del cobre, aunque parece que se ha perdido la diferencia entre el arte y el oficio mecánico, como ha pasado en la cerámica y



Vista de arriba.



Vista de costado.



Vista de abajo.

Sonaja antigua en forma de tortuga, con una tortuguita sobre la espalda. De Naranja, cerca de Zacapu. Longitud, 9.4 cm.

otros muchos conocimientos antiguos. Las antiguas piezas de alfarería tarascas tienen cierta ligera semejanza con las peruanas.

La tendencia característica á los trabajos manuales sobrevive aún en las varias industrias que practica actualmente la tribu. Es particularidad notable el monopolio que ejercen las diversas comunidades en determinadas manufacturas, circunstancia debida quizás, en cierto modo, al obispo Vasco de Quiroga, á quien se refieren muchas innovaciones prácticas en su esfuerzo por llevar á cabo la conversión de los tarascos. Parangaricutiro, por ejemplo, es el centro de los ponchos, como Paracho el cuartel general de los rebozos y guitarras. En Uruapan hay una industria absolutamente característica de la ciudad: la producción de lacas. La distribución del trabajo se extiende hasta constituir especialidad de otro lugar, el lacado de platos y bateas. Hay ciudad que se ocupa en labrar las canoas que se usan en el lago de Pátzcuaro, mientras otra provee los remos ó canaletes para aquéllas. Las mujeres tarascas atienden tanto á las labores é industrias domésticas, que para nada intervienen en las tareas agrícolas.

Difícil es descubrir rastros de la antigua forma de gobierno, pero he sabido que en algunos pueblos existen todavía casas concejiles donde hay ciertos guardianes, llamados *petapes*, encargados de impedir la entrada á cuantos no sepan dar el santo; y cuando llega á permitirse á cualquier extraño que éntre, pónese el hecho en conocimiento de la asamblea para que ningún asunto de importancia se trate, mientras no se haya retirado el intruso. Se dice que preside las juntas un fiscal ó mayordomo que tiene, entre sus deberes, el de distribuir mezcal á todos los asistentes. Por lo que toca al régimen actual, los naturales no quieren del todo bien á los mexicanos; pues dicen que "lo que antiguamente era malo, no puede ser bueno ahora." Los tarascos creen firmemente que vendrá día en que volverán á ser dueños de su tierra.

Estos indios se casan jóvenes. El individuo á quien le salen barbas sin haberse casado, aunque sólo cuente veinte años, tiene generalmente que conformarse con una viuda, por suponer las muchachas que alguna razón habría para que no se casara cuando era tiempo. Las mujeres que dan á luz pierden pronto su aspecto juvenil. Rara vez tienen más de cinco ó seis hijos, y cargan á sus criaturas sujetándoselas á la espalda con el rebozo.

Los cortejos se llevan á efecto en la fuente á donde van las muchachas por agua, ó en el camino para la fuente. En Cherán observé que los muchachos salían á docenas, por las tardes temprano, para ir á reunirse con sus novias en sus expediciones acuáticas. El pretendiente de una joven comienza por pedirle agua, y ella le da su cántaro para que beba. Muchos procuran hacerse agradables llenando galantemente las vasijas de las muchachas; pero, por lo común, se limitan á detenerlas en el camino, en donde puede uno ver de trecho en trecho parejas de enamorados: ella medio volteada, vergonzosa y cohibida, rompiendo con una mano las hojas de alguna planta y balanceando con la otra el pesado jarrón que lleva al hombro. Día tras día puede, pues, un galán encontrarse con la reina de su corazón; pero suelen pasar uno ó dos años, antes de abordar la cuestión del matrimonio. Desde la llegada de los blancos, seguramente, ocurre con frecuencia la crisis en mucho menos tiempo, y hay parejas que se casan sin largos preliminares. Es de notar que los hombres nunca se disputan á ninguna mujer. Entre los mozuelos poco arriesgados, no falta quienes carguen su amuleto en forma de un dedo meñique de muerto, bien seco, para "abrir la puerta," esto es, el corazón de su amada; pero aun en ese sentido va influyendo el avance de la civilización, pues un joven á quien pregunté si los tarascos usaban algunos polvos de



Cascabel antiguo de cobre. De Pátzcuaro. Longitud, 4.7 cm.

amor, me contestó con fisga: "El mejor polvo es la plata en la mano."

En Ihuatzio (*Ilihuatzi*, coyote), pueblo situado junto al lago, á la orilla opuesta de Pátzcuaro, se asegura que existe entre los jóvenes la siguiente costumbre: Cuando un muchacho ha estado cortejando por algún tiempo á una



Dos enamorados.

joven, y cree que su afecto está correspondido, coge á aquella por el rebozo en la fuente y no la suelta hasta que diga: "Sí." Entonces, con una vara de encino que lleva escondida debajo de la frazada, le rompe el cántaro para que el agua le caiga encima. Las compañeras de la muchacha se le acercan apresuradas; le quitan toda la ropa, sin siquiera dejarle collar ni aretes, y le prestan otro vestido y otro cántaro en que llevar el agua. Vuelve, pues, á su casa con traje y cántaro ajenos, y queda en poder del galán el vestido mojado, por cada una de cuyas piezas tiene que darle el padre de la joven medio real para recobrarlas. Al otro día, va el mancebo á depositar junto á la puerta de su pretendida una carga de leña y se retira al punto. No vuelve sino hasta que han pasado tres días, y si ve que su leña ha sido aceptada,

entiende que su novia se halla dispuesta á seguirlo á su casa, donde le devuelve las monedas y le regala algunas hermosas flores, entre las que tienen especial importancia las amarillas.

Un hombre de las cercanías de Zirahuén (*zirani*, sentir frío: ó sea *lugar frío*) y Santa Clara me dijo que, en aquella localidad, se acostumbra poner á prueba las buenas cualidades de una novia, abriéndole frente á la cara un panal de abejas. Si se echa hacia atrás con recelo, no es buena; pero si se mantiene tranquila sin defenderse, es seguro que posee la fortaleza necesaria para sobrellevar la carga del matrimonio.

El sacerdote casa hoy á los indios, pero la boda se celebra después en casa del novio, soliendo efectuarse una ceremonia adicional en que la pareja y sus padres beben juntos y se complacen en cambiarse muchos discursos.

En Angagua (*Angoni*, piedra puesta en medio), pueblo situado como á dos millas de Parangaricutiro, se practica todavía la antigua ceremonia nupcial de los tarascos, que es, en lo esencial, análoga á la de los aztecas de Tuxpan y otros lugares comprendidos, desde allí hasta la costa, en la ruta que seguí.

Se elige á alguna vieja, por lo común tía del novio, para madrina de los desposados, la cual, cuando llega la noche, tiende una sábana sobre el petate que ha de servir de lecho nupcial, y se retira discretamente. Por la mañana entra en la ejecución de su delicado cargo, que aun entre los indios se considera muy pesado deber, pues de su fallo dependen la continuación de la fiesta y la felicidad de la novia para todos los días de su vida. En caso de que su inspección descubra la inequívoca prueba que busca, se presenta alborozada ante los concurrentes y levantando triunfalmente la sábana, exclama: "*Huatztali!*" (Estaba virgen!). Llénanse de alegría los corazones y los labios repiten las felices nuevas: "¿Estaba *huatz* (virgen)? Pues que toque la música!" prorrumpen el novio. Encienden cohetes, pasean al rededor la

sábana y todos expresan su reverencia á ésta, besándola cual si fuese la imagen de un santo. Prodíganse á la novia todo género de atenciones; ofrécenle chocolate y cuanto mejor hay; el júbilo se desborda, y todo el mundo se entrega á bailar, comer y beber.

El segundo día ejecutan un baile, llamado *canara*, al acompañamiento de un són especial. Bailan las mujeres con su malacate, su telar ó aun su metate, y los hombres con herramientas de agricultura. Una de las mujeres hace una muñeca de trapo, baila con ella y la entrega en seguida al novio y á la novia que la coge en sus brazos como si fuera un niño. Los padres de los novios danzan con pan y chocolate en las manos, que acercan á la boca de la joven; mas cuando ésta abre los labios para recibir tal alimento, vuélvense prestamente y se lo comen ellos.

Si la inspección de la sábana no resulta favorable para la novia, la madrina comunica tan infausta noticia primeramente á los suegros, diciéndoles: "Estamos perdidos! No merecemos ni agua! Ya no habrá fiesta!" Apagan la lumbre y todos los convidados se van á sus casas muy tristes, no sin manifestar antes su desaprobación destruyendo todos los regalos hechos á la novia, consistentes por completo en loza de barro. Para castigarla y avergonzarla, rajan y perforan las ollas que sólo pueden servirle á la desgraciada novia sometiéndolas á muchas y laboriosas composturas. Prepara, como pegamento para esta operación, una mezcla de jugo lechoso de algunos árboles, y aun leche de vaca, con barro, algodón, frijoles amasados y una clara de huevo. La loza tiene que quemarse de nuevo, pero aun así se ve remendada. La peor consecuencia de todas es que, desde entonces, la desventurada muchacha, que vive con su madre, es objeto de la mala voluntad general. No se le muestra la menor consideración; tiene que trabajar mucho, y hasta que no está próxima á ser madre, no se le aligera su carga.

Puede asegurarse, por lo demás, que la suerte de las jóvenes tarascas, por bien que les vaya, no es nada buena. Se halla en la Sierra muy extendida la costumbre de que las hermanas del marido, y muy especialmente la madre, maltraten á la novia lo más que puedan. Me contó una mujer de Paracho que su hermana había muerto, á los diez años de casada, á consecuencia del maltrato y continuo tormento á que la tenía sometida su suegra. En los distritos más remotos prevalece aún esta costumbre, pero va acabando entre los indios más civilizados.

En verdad, todas las antiguas costumbres están desapareciendo rápidamente; aunque, sean cuales fueren las influencias que se opongan á las acciones de los indios, guardan arraigadas en su entendimiento sus antiguas creencias, haciendo posible todavía recoger muy valiosas tradiciones. Hasta hoy día, nunca mencionan los tarascos al sol, sino con estas palabras: Nuestro Padre el Sol. Por él juran durante el día, y de noche por "Nuestra Madre la Luna," soliendo decirse unos á otros: "No digas mentiras, porque Nuestro Padre el Sol te está oyendo!" Ningún negocio se arregla después de oscurecer. Nunca desgranar maíz cuando el sol se ha puesto, ni lo sacan de la troje una vez que anochece, porque consideran que duerme y no se le debe despertar. Los tarascos rendían culto á la Cruz del Sur, constelación que llamaban "las cuatro estrellas."

Cuando ocurre un eclipse, manifiestan los indios mucha emoción, pues creen que los dos cuerpos celestes se están devorando. Á los eclipses se atribuye el defecto de los labihendidos, labileporinos ó *cuchos*. Según la Sra. Z. Nuttall, la misma creencia prevalecía entre los aztecas, quienes veían la figura de un conejo en la luna. Si una mujer en cinta mira un eclipse de luna, su hijo saldrá lisiado, idea general entre los mexicanos de hoy. Una curiosa superstición, paralela á ésta, sobre el pernicioso efecto del

conejo, se halla todavía muy extendida en Noruega, donde los cazadores les cortan los labios á las liebres para que ninguna mujer embarazada los vea.

En la actualidad, se encuentra en cada casa la imagen de un santo, cuando menos, la que, como dicen los naturales, vive en la mejor pieza, y aquéllos tienen que dormir en la cocina para no molestarla. Sólo á los forasteros se les permite ocupar la misma pieza. Á todos los santos colectivamente, y á cada uno de ellos, se les da el nombre de Tata Dios. Al medio día, la mujer ó el marido ponen delante del santo una cazuelita con copal, para darle incienso á guisa de alimento. Las visitas que entran en la casa van á besar la imagen antes que nada. Como ocurre en otras tribus, se hace responsable á San Mateo del tiempo y de las cosechas. Si hiela, sacan al santo de la iglesia por la mañana temprano y lo castigan chapuzándolo en agua fría; pero si las cosechas son buenas, lo llevan en procesión, le hacen una gran fiesta y lo celebran con abundantes libaciones de mezcal y hartazgos de tamales. Todos los años se designa á un indio viejo para que represente á San Mateo. El día de Muertos ponen flores, especialmente amarillas, en las puertas de sus casas para invitar á que entren á las almas de sus amigos, y pagan con una oveja cada paternóster que se dice por los difuntos. Para sus fiestas particulares, dirigen invitaciones de palabra con un mensajero que lleva una flor á cada invitado, flores que vuelven á recogerse á la llegada de los huéspedes.

Cuando alguien cae y se lastima, sus amigos, especialmente los más jóvenes, van al lugar donde ocurrió el accidente é invocan á los espíritus á que acudan. De regreso, vuélvense barriendo el camino, regando flores y armando grandísima alharaca.

Cuando alguna mujer, con su criatura cargada á la espalda, va atravesando un río, temerosa de los malos espíritus del agua, no cesa de llamar á su hijo por su nombre

diciéndole: "Vente, vente, no te quedes atrás." Denominan á dichos espíritus *chaníquivri*.

La mujer próxima á dar á luz, no carga sal, chile ni cal para que su hijo no le nazca sordo y ciego.

Miran con reverencia y cuidan mucho á las mazorcas dobles.

Es malo pasar por sobre un hombre acostado.

Cuando venden leche, quieren los tarascos que el que la compra se la beba en el mismo lugar; y tienen también la superstición de los mexicanos y huicholes acerca de la leche que se derrama al estarla hirviendo.

No les gusta que los desconocidos les acaricien á sus hijos, por temor de que les hagan mal de ojo. Las madres ruegan ansiosamente á sus visitas que más bien molesten y provoquen el enojo del niño, para que conserve su buena salud. Cualquiera enfermedad que le sobrevenga después, la atribuyen al mal de ojo; pues en su concepto, no reconocen otra causa las enfermedades de la infancia. Para evitar tan nocivos efectos, muchos indios atan hebras de hilo rojo en las muñecas y tobillos de sus hijos, y les clavan en los cabellos una pluma roja de pitorreal, con la idea de que dicho color le oscurece la vista al hechicero.

Cuando un indio amenaza á su adversario con cólera, dice: "Haré que te mueras dentro de cuatro ó cinco petates," dando á entender con ello el tiempo necesario para que se acaben las esteras en que se acuestan á dormir. Los que creen que han sido enhechizados, ponen en los rincones y fuera de sus casas espinas de nopal. Para aprender la hechicería, van algunos indios hasta pueblos remotos, á Charácuaro ó Cirándaro. El primero de dichos nombres alude á la localidad donde le parece al caminante que sale el sol repentinamente de la laguna (*sharárani*, aparecer); el otro se deriva de *ciranda*, papel, y también, la higuera de que éste se hacía.

Tuve oportunidad de observar los procedimientos de

que se valía una adivinadora, á quien mucho se consultaba sobre robos y pérdidas de objetos. Colocaba una vela de sebo dentro de una olla, y adivinaba la dirección en que debía buscarse el objeto extraviado, por los movimientos de la flama; y por el modo como se fundía la vela, anunciaba si lo perdido se encontraría en la bosque ó en el llano.

Los tecolotes están en desgracia entre los tarascos, pues siempre que ven alguno, lo maldicen y le amenazan con el machete. Cuando pasa un buho sobre la casa, tómallo el dueño por presagio de su cercana muerte y se pone á rezar.

Nadie debe tocar á las víboras ni mucho menos matarlas.

CAPÍTULO XXV

ZACAPU—EL "PALACIO" DEL REY CALTZONTZIN—ANTIGUO CEMENTERIO—DIENTES LIMADOS—URNA FUNERARIA—HUESOS HUMANOS CON ESTRÍAS—"AQUÍ VIENE EL HOMBRE QUE COME GENTE!"—FICCION Y VERDAD—LA FOTOGRAFÍA ES UN CRIMEN—LOS TARASCOS SUBLEVADOS CONTRA MÍ—SE SOMETEN Á LA RAZÓN.

NO lejos de Cherán, entramos en los magníficos y vírgenes pinares que cubren las laderas de los cerros al noroeste de la ciudad de Nahuatzen (en tarasco: *Yahuatzen*, "donde hiela"). Había inseguridad en el camino á causa de las partidas de ladrones, compuestas de veinte ó más indios, que, procedentes de Chilcota y otros pueblos, frecuentemente extendían sus rapiñas hasta aquella región, y mi amigo el herrero me señaló el sitio donde hacía sólo tres años habían despojado, aun de la ropa, al secretario del ayuntamiento de Nahuatzen. El nombre de Chilcota es azteca, y su designación tarasca, Tzirapo (de *tziri*, maíz; *xapo*, ceniza: "Lugar donde el niztamal se prepara con ceniza" [en vez de cal]).

Presto dejamos tras de nosotros el tortuoso camino de la Sierra, pasando de cuando en cuando por entre espléndidas encinas. Durante un rato fuimos contemplando el lejano paisaje del alrededor de Zacapu, á manera de amplia hondonada llena de lagunas. Zacapu mismo ("Lugar de piedras ó pedregal," aludiendo á los grandes y antiguos yacimientos de lava de las carcanías) es una ciudad brillante y hermosa, favorecida con un río pequeño, pero de cristalinas aguas que corren mansamente hacia una lagunita donde muchas variedades de aves acuáticas se divierten libremente